

## Capítulo N<sup>a</sup> 2

### El trabajo

Cuando el Brayan llegó a la casa, la madre ya estaba despierta tomando mate, sentada en el sillón que le hacía de cama a la noche. Extasiada, mirando tele, control en mano, ni se percató de la llegada del Brayan.

Su hermanita, Marita, que había entrado más tarde al colegio y retirado más temprano ya había llegado. Y fue Doña Sara quién la fue a buscarla al colegio y la acompañó a la casa aprovechando que iría cerca del mediodía a vender comida a los maestros. Ella vendía empanadas, tartas, ensalada de fruta y alguna pascualina.

—No me cuesta nada. —Decía ella.

Además sentía un amor muy profunda por Marita. Que estaba recostada boca abajo en su cama, la de arriba, mientras intentaba hacer unos deberes y al ver que entró el hermano se tiró de la cama y lo fue a abrazar. Él se encorvó un poco para llegar a ella y también la besó y abrazó, y por primera vez se le vio al Brayan un gesto de alegría y ternura.

A Marita no le alcanzaban las palabras para contarle todo lo que había visto en la escuela y lo buena que era Miriam la maestra que le había tocado. De repente el Brayan recordó a Miriam, que también la tuvo y le volvió un pensamiento bueno, un lindo recuerdo. Miriam era buena y dulce, pero no regalaba nota, había sido exigente con las cuentas y las faltas de ortografía, pero exigía sin amedrentar. Por el contrario, no era distante, tenía paciencia, aunque todos decían que si no sabías no te aprobaba. Recordó con alegría su 3<sup>a</sup>, ella misma le había confeccionado un traje de granadero para uno de los actos. En realidad, era de uno de sus sobrinos, pero para el Brayan era como si se lo hubiera hecho ella y a su medida. Parece que el Brayan se había enamorado de su maestra. Marita no lo soltaba y le pidió ayuda con sus deberes.

—No Mari, me da paja, no jodas. Qué se yo... preguntale a la Moni cuando llegue esta noche.

—Dale Brayan, porfi. ¿Sí, sí...? —Mientras ponía ojos brillantes y caídos hacia los lados, ya iba practicando alguna estrategia femenina para conseguir lo que quisiera de grande.

—Bueno, después.

La madre hasta ese momento no había sacado los ojos de la tele, obnubilada por un programa de chusmerío de un canal de aire donde mostraba a las divas argentinas de ochenta años veraneando en el caribe, seguidito vendría un programa de modas de Paris, que tampoco se quería perder.

—Hola Ma. ¿Hay algo para comer?

—¿¡Que te pensás nene que yo soy tu sirvienta, eh!? Fijate lo que hay en la heladera y preparate algo, de paso le haces de comer a tu hermana.

Cambió de canal y en el noticiero del medio se decía de un virus chino que venía de un murciélago estaba matando gente y que ya estaba haciendo estragos en Europa y había llegado a América.

—Eh... viste lo que te digo yo. Esos chinos de mierda hay que matarlos a todos.

Asquerosos come murciélagos. Y ya te dije a vos que no vayas nunca más a esos chinos mugrientos que están del otro lado de la ruta.

El Brayan ni la escuchaba. Luego de un silencio, lo miró.

—¿Qué vas hacer toda la tarde, eh? Y a ver si salís a trabajar, ya van dos veranos que trabajas sólo un mes.

El Brayan seguía callado mientras su hermanita lo miraba con lástima, era verdad y se sentía culpable porque todos los vecinos de esa edad ya trabajaban. Aunque no acompañasen más al padre en la obra o en el carro para cartonear.

Durante las vacaciones de 4 a 5 y de 5 a 6 trabajó ayudándole a Doña Margarita, una señora boliviana que vivía y tenía una verdulería sobre la ruta. Pero era sólo una changuita, y aunque Margarita le regalaba todas las noches la verdura y frutas que ya se iban poniendo en mal estado por el verano, Elsa decía que era una bolita hija de puta y que le daba la fruta podrida. Y para peor Margarita con su marido, jujeño del este, hace unos meses se mudaron de la villa. Sí, se compraron un terreno a unas cuadras en el barrio, ahí cerquita del cole no más, y se hicieron una casa de dos pisos con dos locales abajo y pusieron ahí la verdulería y el almacén. Pero estos *bolis* siguen teniendo la verdulería en la villa atendida por uno de sus hijos; “estos bolis venden *merca*, ¿cómo se van a comprar semejante camioneta? hijos de puta...” dice Elsa.

Brayan sabía que era medio vago, porque una vez cuando lo trasladaron al hospital porque se dobló el tobillo jugando a la pelo, que lo llevó el Carlos con el auto del Tucho, el remisero del barrio con su viejo Renault 12, ese día escuchó a un par de médicos y enfermeros del otro lado del biombo decir que esos negros de la villa eran todos unas vagos y que nadie laburaba. Y debe ser, se dijo, pero nunca más se lo preguntó, pero él ya sabía que era un vago...

En eso viene doña Sara que les alcanza dos porciones de tarta que le sobró de la venta en la escuela.

—Paso dos minutos, Elsa, escuchame. ¿Por qué no vas hasta la escuela que están repartiendo bolsones de comida? Y creo que van a repartir unos útiles también.

—Esas bolsas son una mierda, traen nada más que harina, fideos y yerba, pero bueno, le voy a decir a este que vaya. Elsa sin quitar la vista de la tele.

—Che vo’, ¡Brayan! ¿¡No escuchás que te estoy hablando, carajo!?! A ver si te apuras y vas a buscar eso que dice Sara, andá con tu hermana así te dan más.

—No Elsa, que no vayan solos, hoy hubo quilombo a la vuelta de la escuela. —Sara.

—Pero si ya son grandes che...

—Bue... escuchame, ¿Viste a la señora que yo voy los fines de semana a limpiar aquí a unas cuadras? Bueno, la hija también necesita. ¿Qué te parece?

- No sé, voy a ver. ¿Es muy grande la casa che?

Mientras, el Brayan tomó de la mano a su hermana y comenzó a caminar hacia la escuela del medio. No quería tomar a la hermana de la mano, le daba vergüenza, dirían que era un cuida de la pendejita. Sabía que no la debía dejar sola, si la llega a agarrar el Chungo cuando está muy pasado puede hacer cagada. Tampoco quería ir a la escuela a que le den polenta, fideos, leche en polvo y otras cosas en esas cajas botonas. Pero ya había acompañado un par

de veces a la madre y cada vez le daba menos vergüenza.

Llegó y justo estaba el profe Walter repartiendo en uno de los pupitres, ese sí era re bueno, re piola, re copado. Era el profe de educación física y ya le había dicho al Brayan que se tenía que ir a probar a un club, porque esa zurda era solo comparable a la del Diego. De inmediato el profe le dio dos bolsos y otro de útiles de escuela, y además agregó sin que lo viera el dire un par de bloques de hojas más.

Cuando volvía, se cruzó con el Ferchu.

—Che, Ferchuuuuu. ¿Va hoy vo al fondooo? —Brayan hablando de la cancha. No, me voy a laburar, bolú... con mi hermano al taller.

—¿Y qué haacé ahí...?

—Voy desde la semana pasada, limpio piezas de los motores, 'ta güeno.

—Uhhhh.

Siguió caminando y al llegar al pasillo estaba el Chungo hablando con el Marito y al verlo aproximarse lo increpó.

Che, pendejo. ¿Queré laburar un rato esta noche? —Chungo.

-Para bolú, le falta. —Marito.

—Pero es re flaquito pasa por cualquier lado, bolú. Es grande ya este pescado. Brayan miraba y no decía nada.

—Sí vení y hacé la cosa bien, te doy \$5000 y un celu nuevo pa' vo.

—Son cinco lucas. Y un celular. —Reflexionó Brayan—. Es decir, un celu y algo de guita para morfar. Cinco lucas y un celu, Con cinco lucas compro leche, pan y carne. Y un celu...

Un celu con jueguitos...

Un celu con pantalla grande...

Pero no contestó, tomó el pasillo y se fue directo a su casa.

—Ya va a entrar... —Marito al Chungo.

—Un celu bueno, grande, de verdad... —Seguía pensando el Brayan. Al llegar, ya la hermana se había adelantado, ella llevaba los bolsones.

—¿A ver qué te dieron esta ves? Esas yeguas de la maestra se llevan a su casa lo mejor, ya te digo yo, chorras de mierda, hay que hacerles una denuncia en el consejo. Mirá, dos paquetes de fideos. ¿Che, y en tu escuela no de dan nada? Bueno me voy a poner a hervir el agua, a ver si comemos unos fideos con manteca, bueno, ni sé si hay manteca porque no sé si el pelotudo de tu hermano o la inútil de la Moni compraron. Y con una porción de tarta no se hace nada. —Pues ya se había comido una.

Le pongo aceite y listo, a ver, andá a pedirle a Sara si tiene algo de queso porque esta mierda no va a tener gusto a nada.

Brayan fue hasta la casa de Sara, no era muy distinta a la suya, pero estaba revocada y pintada. Todo limpio y prolijo, hasta el piso de tierra de un cuartito barría la Sara.

Sara estaba haciendo un guiso y la mesa humilde con mantel de plástico y una carpetita de hilo blanco, limpia y prolija puesta en el centro, había un par de porciones de tarta. Almorzando, Gladis, que estaba estudiando medicina, recién había llegado de la facu y se

iba enseguida a trabajar. Ella también trabajaba limpiando casas, pero no decía nada que estudiaba medicina y que ya estaba en cuarto año, le daba vergüenza. Y el Beto, el más chico, que estaba en el secundario donde había comenzado el Brayan, pero mucho más arriba, como en 5ª o 6º, no estaba seguro el Brayan.

—Vení sentate Brayan, comé algo. —Doña Sara amable como siempre.

—Mi mamá dice si tiene queso.

—Sí, ya te doy, pero come algo.

Comió callado, si se quitaba el hambre iba a quedar más para Marita. Miraba con recelo al Beto, porque este era raro, no le gustaba jugar a la pelo, usaba anteojos y era bolita o paragua.

- ¿No trabajá vo?

No, hizo con la cabeza el Beto.

- ¿Vos vas a trabajar en época de escuela, Brayan? —Dijo Doña Sara.

—Mi mamá dice que sí. Sara no dijo nada.

—Pero tenés que seguir estudiando, no dejes.

—Pero él no trabaja.

—Sí, trabaja con el padre los fines de semana en la obra, pero los días de semana no porque tiene que estudiar. Y en verano también le va a ayudar a su papá, pero siempre los fines de semana.

—Mi mamá me dijo que Don Sabino trabaja en una fábrica.

—Sí, todos los días y los fines de semana trabaja de electricista en obras. ¿Te gustaría aprender electricidad con él?

—Él no está nunca en su casa.

—Sí, a la noche. Hay que trabajar mucho para poder progresar...

—¿Es verdad que se van a ir? Sara no contestó.

Volvió a su casa, apenas probó los fideos, lavó los platos y se metió en la pieza con su hermanita. Intentó ayudarle, lo que pudo y como pudo. No pudo mucho...

Al rato se fue.

—Ma, me voy a jugar a la pelo. Vengo en un rato.

—A ver si vas a trabajar. Cuando iba vió al Tabo.

Con el Tabo jugaba a la pelo de vez en cuando, pero sólo de vez en cuando y no era muy bueno. No le caía bien al Brayan, era callado, raro como el Beto. Pero sobre todo era del asentamiento.

—¿Qué hacé'?' —Brayan.

—Todo piola —Tabo.

—¿Jugas hoy?

—No.

—Venís tarde.

—Fui a particular.

—¿Por qué?

—Mi papá me manda.

—¿Y tú mamá?

—Está internada por tener a mi hermanito, mi papá la mandó a Formosa con mis abuelos.

—¿No jugá a la tarde?

—Trabajo con mi papá.

—Y salió corriendo hacia al fondo mientras Brayan vió cómo se iba perdiendo. Todos trabajan se dijo, en eso vió al tío Cacho preparando su carro.

—¡Tío...! —Le gritó.

—¡Eeehhhh! Brayan. ¿Qué queré?

—¿Puedo ir a trabajar esta noche?

—¿Pero vo' podé tirar del carro?

—Sí, tío.

—Dale che. Pero mirá que yo no soy como esos vagos que salen a la mañana. Yo salgo a seis de la tarde.

—To piola, tío.

Se fue a jugar un rato a la pelota, volvió temprano. Estaba ansioso, esta vez era un trabajo en serio, y con el tío que a la madre le caía muy bien.

—Ma, me voy con el tío a trabajar esta noche.

—Pero el tío sale al anochecer.

—Sí.

—Bueno.

La hermanita lo miraba, no decía nada.

Seis de la tarde salieron, tenían veinte cuadras hasta la capital, al tío le gustaba la capital, porque ahí tiran cosas caras, no solo cartón. Pero hay que tener cuidado con los de los otros barrios. Hay grupos que son re jodidos. Tienen sus calles y no dejan pasar a nadie, según el Cacho.

A diez cuadras de la villa caminando por el barrio, gorra bien baja el Brayan para que nadie lo reconociera, el tío paró en un quiosco. Compró un tetra y lo puso en una botella de gaseosa con hielo finito de una cubetera que le vendió el quiosquero. Había un par de cartoneros conocidos de él, se detuvo cinco minutos, fumó un cigarro y continuó.

—Ese e' gomia mío, re fisura, pero todo piola. —Comenta el tío. El Brayan no decía nada.

Al rato, luego de quince cuadras pasando la General Paz. El Brayan venía tirando del carro y le comenzó a pesar. Las manos mojadas enrojecieron y el caño que hacía de cincha en su pecho lo lastimaba. Se iba haciendo ducho en el manejo, cuadra tras cuadra.

Transpirado le caían gotas de sudor por su cara, sumadas al polvo que le había quedado de la canchita, marcaban surcos que imitaban cicatrices. El cabello se le mojaba dando un

aspecto desprolijo y sucio bajo su gorra rota de color gris.

Adentrado en un bello barrio de casas con techos rojos y sin flores en los balcones no supo valorar su belleza. Sólo las miraba como quién mira el horizonte en el mar o la nada misma.

Al pasar frente a alguna señora regando el césped de su vereda, de inmediato se metía tras las rejas, quedaba cerca de la puerta de entrada a la casa y con ojos fijos bien abiertos los miraban seguir de largo.

Algún bocinazo y otra puteada del algún conductor.

—Correte negro de mierda, no vayás por el medio de la calle.

Y... lo que pasa es que cuando vas cerca del cordón, el carro tiende a irse hacia el costado y cuesta más. Pero qué sabe un conductor en un auto sobre la habilidad del manejo de un carro. Si vas cerca del cordón derecho, hacés más fuerza con el brazo derecho y este se maneja solo, de taquito loco.

El tío lo miró y le sonrió

—No pasa nada. Esas viejas chotas piensan que le vamo' a faná. Re ortiva son la careta esta, le pedí agua de la manguera y se meten adentro y te cierran la canilla.

El Brayan no respondía.

—Che Brayan, el mes que viene voy a compra un caballo, ahí si eh... Sabé lo que vamo a recorrer...

—¿Un caballo tío?

—Vamo a poder ir lo do arriba. Mirá, mirá. —Interrumpiendo—. Lo que tiraron ahí.

Una tele...

Era un monitor de computadora, pero para el tío era todo igual.

—Agarrala, dale que tengo el carro. Lo tomó y lo depositó.

—Che tío. ¿Pero un caballo?

—¡Ja já! ¿Te gustó eh...?

Y se perdieron en la noche caminado hacia el centro de la ciudad mientras Brayan imaginaba ir arriba del carro.

Continuará.

Todos los derechos reservados. Quedan totalmente prohibida la reproducción parcial o total de este libro, o de sus imágenes, o de su incorporación a cualquier sistema informático, o su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este mecánico, electrónico, por fotocopia, grabación u otro medio sin el permiso previo por escrito del titular del copyright. (Derechos de autor). Número de registro Ex-2021-06232522- - APN-DNDA#MJ

Este relato mensual de doce capítulos es solo una ficción, cualquier parecido con la realidad de hechos o personajes es pura coincidencia.